

Tercer aniversario de los mártires de la UCA. Homilia

José María Tojeira

Celebramos hoy, litúrgicamente, la fiesta de unos mártires jesuitas del Paraguay. En la historia salvadoreña recordamos el tercer aniversario de la muerte de nuestros hermanos jesuitas. Y queremos unir a ambas festividades la celebración de todos los que han dado martirialmente sus vidas en El Salvador. Que nuestra fiesta, nuestra acción de gracias, nuestra eucaristía, sea también, y sobre todo, la fiesta de los mártires de El Salvador.

La razón es muy sencilla. Nuestros mártires, todos los mártires de El Salvador, son los auténticos artífices de esta paz que va creciendo día con día, a pesar de los esfuerzos de algunos por impedirla.

Llamo mártires a aquellos que dieron pacíficamente su vida, inspirados por su fe, buscando paz, justicia, y reclamando sus derechos básicos de persona humana. Con su muerte dieron testimonio de que hay valores por los que merece la pena vivir, y morir si es preciso, más allá de las razones que el miedo y la fuerza bruta puedan elaborar y conjugar en su contra.

En el caso de Jesucristo, protomártir y dador de sentido a todo martirio, la hermandad universal, fundamentada en la paternidad de Dios, quedó claramente establecida como valor supremo, más allá de las leyes, más allá de los intereses políticos, más allá de la amenaza y de la brutalidad, más allá, incluso, de las elaboraciones religiosas con las que el hombre trata de sistematizar su respuesta a la llamada de Dios. Por esa hermandad, Jesús asumió pacíficamente el pecado del mundo. Tratando de mostrarnos el camino de la fidelidad a Dios en el amor al prójimo, padeció la brutalidad de un mundo no fraterno que quería, y quiere todavía, autoperpetuarse a través de la ley del más fuerte, convir-

tiendo a los pequeños de este mundo, que son al mismo tiempo las grandes mayorías, en verdaderos esclavos.

Pero la muerte de Jesús se convirtió inmediatamente, en la denuncia más radical del pecado del mundo, en creadora de nueva fraternidad y en el camino de liberación más claro y permanente de la historia. Sólo la solidaridad fraterna, inspirada en la paternidad-amor de un Dios que nos hace a todos iguales, es camino de liberación auténtico y perdurable.

En El Salvador son los mártires, todos los mártires, los que han seguido con mayor radicalidad el camino de Jesús. Ellos han ido escribiendo con su propia sangre aquel grito de monseñor Romero que le valió la condena de muerte: alto a la represión. Y han dicho cada vez más fuerte ese alto a la represión porque su muerte pacífica mostraba a las claras el sistema inhumano de El Salvador en el que importaba menos la sangre del hermano que el dinero contante y sonante en el bolsillo. Su sacrificio mostraba con claridad que el sistema y los valores que decían defender los verdugos no era más que una patente de corso para expropiar, robar, matar, hacer negocios favorables sólo a unos pocos, traficar en drogas, en armas y en vidas.

¿Por qué mataron niños en El Mozote, ancianos en el Sumpul, mujeres en Las Hojas, curas que nunca tocaron un arma en la UCA y en tantas otras parroquias, gente pobre y de toda condición en tantas partes diferentes? Porque tenían miedo de perder sus privilegios, sus negocios e incluso, algunos, su rango militar. Y hoy son precisamente estos niños, estas mujeres indefensas, embarazadas muchas de ellas, estos ancianos sin fuerzas, estos curas sin armas, todos ellos enmascarados como Jesús, los que más fuerza tienen al cuestionar la idolatría de la riqueza, los que con mayor energía exigen la reforma de un sistema judicial manipulable y vendido al interés del más fuerte, los más enérgicos en el esfuerzo por arrancar definitivamente la impunidad en este país.

Este poder de denuncia de los pobres ha hecho entender a las fuerzas en conflicto que la guerra no es un camino para la paz. Y esta misma voz ensangrentada es la que, de un modo ahora cada vez más gozoso, nos va señalando el camino de la paz en El Salvador.

¿Qué nos piden los mártires a los que quedamos y queremos ser fieles a su memoria y a su voz? Un país, El Salvador, liberado de la idolatría de la riqueza. Campesinos con tierra, obreros con trabajo, salarios con dignidad, leyes y política al servicio de los más débiles. Que nadie sea sacrificado a los lujos de unos pocos. Que el hombre, con toda su riqueza y dignidad de hijo de Dios, sea el centro de las leyes, de la economía, de la política y de la vida social.

Nos piden también un país liberado de la guerra y de la mentalidad

que genera todo tipo de guerra. Un país liberado de la fuerza bruta como esquema de relación entre personas; liberado del abuso, liberado de la impunidad. Un país donde el diálogo sea verdadero, enraizado en las necesidades de un pueblo que quiere unir libertad y solidaridad, trabajo y descanso y dignidad, desarrollo económico y desarrollo social.

Nos piden un país liberado de odios y de afanes de venganza. Un país con verdad, con justicia y con perdón. Qué fácil sería todo si aquellos hermanos que cegados por sus idolatrías han derramado sangre ajena, reconocieran sus culpas y pidieran sencillamente perdón. Qué otra cosa queremos sino saber la verdad para poder perdonar, para tener la seguridad del arrepentimiento de los verdugos, para obtener la garantía de que el alto a la represión se ha convertido ya en un nunca más, firmado por todos sobre el perdón y la reconciliación.

Algunos, no con fuerza cristiana, ciertamente, nos piden que olvidemos. Cómo vamos a olvidar a nuestros mártires. Cómo vamos a olvidar a quienes amaron tanto a su tierra, a su milpa y a su frijolar, que se quedaron en ella mientras otros, asesorados por fuerzas extranjeras, planificaban operativos de tierra arrasada. Cómo vamos a olvidar a quienes defendieron los derechos humanos, a quienes buscaron la paz, a quienes optaron pacíficamente por los pobres y por su dignidad sin que la muerte fuera un estorbo para sus ojos. Cómo vamos a olvidar a monseñor Romero que siguió a Jesús hasta el final, cuando El Salvador necesitaba nuevos Cristos que renovaran con su palabra y con su vida el evangelio de la salvación. No podemos olvidar a los artífices de la paz. No los vamos a olvidar, aunque su recuerdo sea considerado peligroso por aquellos que no aman la verdad. Y no los vamos a olvidar porque sin su testimonio y sin su vida la paz sería una tarea infinitamente más difícil.

Un país en paz. Que bonita esta palabra después de tantos años de guerra. Qué fuerza tan grande la de la paz, que comienza a convertir en fiesta lo que fue, durante tantos años, motivo de luto. Qué duda cabe que si logramos esa paz auténtica, construida sobre el derecho y la dignidad de todos, sobre la verdad y sobre el esfuerzo de los empobrecidos que caminan hacia su liberación, podremos llegar a decir, en paralelo a la liturgia de la resurrección, feliz pecado del odio que nos ayudó a descubrir la profundidad del amor. Donde abundó el pecado debe sobrea-bundar la gracia y la reconciliación, y nuestros mártires son los testigos.

Que la fuerza de Jesús, mártir y liberador, presente en esta eucaristía, resumen en sentido de todas nuestras muertes martiriales, nos dé la fuerza y el coraje de construir este país en paz.

San Salvador, 16 de noviembre de 1992.